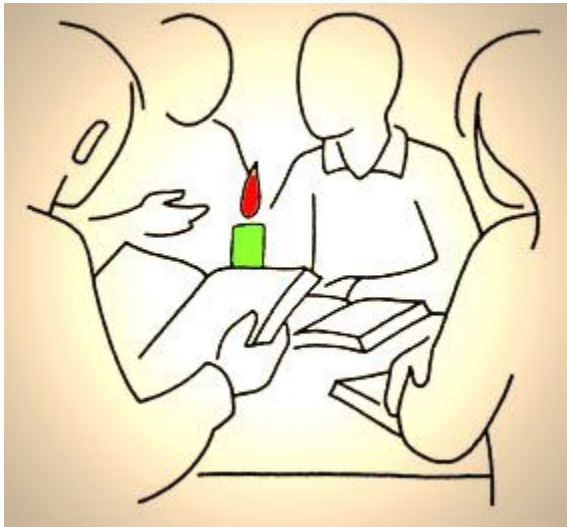


LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: LUCAS

1,39-56



Asunción de la Virgen María

□ *Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fui a una imagen de nuestra Señora y supliqué. a fuese mi madre, con muchas lágrimas. Parece que, aunque se hizo son simpleza, que me ha valido, porque conocidamente he hallada a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella* □ (Santa Teresa en el libro de la Vida 1,7).

Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno. En María, Dios nos invita a una fiesta de bendición; este es el pórtico de nuestra oración. Dios dice las cosas más importantes bendiciendo; como una catarata nos inunda con su amor. Al mirar a María percibimos la acción de Dios, descubrimos el destino que nos aguarda: vivir para siempre con Dios. *Con María, te alabo y te confieso como mi Señor y mi Dios.*

¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor! La fe solo la podemos vivir en la alegría. Orar es entrar en la alegría de un Dios que cumple sus promesas de salvación. Con Dios, todo vuelve a ser posible. Ahí está María, la mujer que tiene abiertos los oídos del corazón para escuchar a Dios y abiertas las manos para entregar al mundo la alegría; basta mirarla. *Te miro, María, y me lleno de alegría. En ti veo realizado lo que nunca me habría atrevido ni a soñar.*

Y dijo María: Engrandece mi alma al Señor. Un canto de mujer rompe el silencio, un canto a Dios. Canta una mujer enamorada. Orar es dejar que cante el amor en el corazón. Solo el amor, reconocido en los adentros y hecho visible por caminos de servicio, reconoce la grandeza de Dios. *Ven, Espíritu, y enciende en mí una llama de amor, que quiero con María alabar al Señor.*

Porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava. Dios es la ternura de María, la fuerza de los que no son ni tienen nada. En esa fuente se mira María, en esos semblantes se sabe alcanzada por una plenitud de vida en Cristo, en esa claridad se sabe resucitada; de ahí le brota un canto de libertad para todos los humillados de la tierra. Orar es poner los pies descalzos en las huellas que ha dejado María dibujadas en la humanidad. Señor, *permanezco asombrado/a ante tu mirada de amor.*

Todas las generaciones me llamarán bienaventurada. La humildad hace visible a Dios, la dignidad y belleza del ser humano son el mejor canto a su grandeza. La presencia de María en medio de los pueblos despierta músicas dormidas y pone en pie la danza. María es madre de todos los hombres y cuida con afecto maternal de cada uno de nosotros. *Tú eres grande, Señor, para ti es mi música.*

CIPE □ Agosto 2010



Cipecar

www.cipecar.org